



Artículos

La democracia israelí, teatro de una experiencia incontrolable: la tensión Netanyahu-Gantz, de 2019 al año del COVID-19

Ignacio Rullansky¹

Introducción

En 2019 se celebraron dos instancias electorales en Israel: la primera fue en abril y la segunda en septiembre. Podría decirse que se produjo un abismo entre los cinco meses que las separan y, asimismo, la perspectiva de producirse un gobierno estable como resultado fue igual de incierta. Debe agregarse, sin embargo, que como las elecciones de septiembre se tradujeron en un nuevo empate, los dos candidatos mayoritarios, el actual primer ministro, Benjamin Netanyahu, y el líder del bloque Azul y Blanco, Benny Gantz, no lograron imponerse uno sobre el otro ni tampoco, consensuar un gobierno de unidad. Habría de celebrarse una tercera nueva instancia electoral en 2020, para dirimir la cuestión y forjar, no sin dificultades, un compromiso entre ambos candidatos que acordaron compartir el trono, turnándose por períodos.

Podría advertirse en el caso israelí la manifestación de una problemática íntimamente ligada con la representación política y aquello que Claude Lefort caracterizó como la desincorporación del poder propia de las formas democráticas de sociedad. En otras palabras, el triple llamamiento a elecciones refleja que en Israel el poder no le pertenece

¹ Coordinador del Departamento de Medio Oriente, IRI, UNLP. Doctor en Ciencias Sociales, UBA. Becario doctoral del CONICET, en IDAES, UNSAM. Magíster en Asuntos Internacionales por The New School y en Ciencia Política por IDAES, UNSAM. Lic. y Prof. en Sociología, UBA. Miembro del CES, IDAES, UNSAM. Editor en Revista Unidad Sociológica.

a nadie: veamos qué quiere decir esto. De acuerdo a Lefort, la democracia moderna es el resultado de una mutación en la que el poder deja de estar vinculado a un cuerpo, como era característico durante el antiguo régimen. La disolución de la corporalidad de la sociedad y el desenredo de las esferas de poder –ejecutivo, legislativo, judicial– implican que éste aparece como un lugar vacío: solo puede ser ocupado temporalmente (Lefort, 1990). Separada del cuerpo de un rey investido por la divinidad, la sociedad está expuesta a una indeterminación radical en la que la búsqueda de la identidad nunca se separa de la experiencia de la división: estará permanentemente abierta a interrogantes, porque lo que se instituye nunca se establece de forma perenne. Que el poder permanezca “vacío” significa que pierde su significado y está desocupado: no solo no pertenece a nadie sino que su ejercicio implica la institucionalización del conflicto y la expresión de voluntad popular en una renovación periódica a través de la competencia partidista.

De esta “desincorporación” del poder se deduce que la autoridad política ya no goza de una legitimidad absoluta. Indeterminable, el poder es incorpóreo: no puede dar la imagen de una unidad orgánica, y debe manifestarse inexorablemente como “insustancial” y plural; no hay autoridad capaz de determinar el contenido fijo de los términos por los cuales se entienden las nociones de pueblo o nación (Lefort, 1986). En Israel, la clave para que una coalición de gobierno perdure es de orden numérica: deben conseguirse al menos 61 de los 120 escaños parlamentarios. Si un partido abandona la coalición, implicando la pérdida de esa cifra indispensable, debe llamarse a elecciones.

Eso fue lo sucedido cuando Avigdor Lieberman, líder del partido de derecha liberal-nacionalista, Israel es Nuestro Hogar, partió a fines de 2018 y se programaron elecciones para abril de este año. En 2014, la partida de Tzipi Livni y Yair Lapid había provocado lo mismo: las elecciones de marzo de 2015. Podría sugerirse que estas rupturas ilustran el carácter transicional de las coaliciones y el fuerte peso de la coyuntura: no sólo permiten entender cómo llegamos a estas elecciones de septiembre, sino qué rasgos caracterizan el escenario político israelí. Dichas “salidas” de la coalición colocaron al primer ministro en funciones en una situación aparentemente paradójica, dislocada respecto del ejercicio del poder: quien aspira a la renovación se ve, al mismo tiempo, en jaque. Es decir, dicha instancia representa, en acto, la desincorporación del poder descrita. Permítanme ilustrarlo.

Las elecciones de abril de 2019: el primer asalto.

Hasta ahora no entramos en las cuatro grandes causas judiciales que asedian a Netanyahu y que deberá irremediablemente enfrentar cuando deje su cargo, motivo fundamental para perseguir un nuevo mandato. Tampoco me referí a la aparición de “Azul y Blanco”, el nuevo bloque compuesto por el partido Hay Futuro, de Yair Lapid, otrora ministro de finanzas de Netanyahu hasta 2014, y al Partido de la Resiliencia del ex militar Benny Gantz. Azul y Blanco se convirtió rápidamente en un formidable rival para las elecciones de abril de este año, prácticamente empatando con Likud, el oficia-

lismo, aunque carece de la posibilidad de reunir consensos que este otro partido ha demostrado desde 2009. Si durante los últimos años Netanyahu logró convocar partidos ortodoxos como Shas y Judaísmo Unido de la Torá, este año recurrió a alianzas de lo más controvertidas, alentando a su aliado nacionalista-religioso, La Casa Judía, a incorporar al partido Poder Judío referenciado en el racista, homofóbico y violento movimiento kahanista, con tal de conseguir que dentro de una alianza multipartidaria éstos superaran el umbral electoral. En abril de 2019, semejante alianza de derechas abrió la puerta al parlamento a los kahanistas, sin embargo, luego que Netanyahu fracasara en forjar una coalición, Yamina, una nueva fuerza capitaneada por Ayelet Shaked, excluyó a los kahanistas que debían, en las elecciones de septiembre de 2019, superar por su cuenta el umbral.

Podemos anticipar que ninguna de estas fuerzas minoritarias de derecha logró dicha proeza. En cambio, la lista Azul y Blanco, de oposición, creció rápidamente desde fines de 2018 como una centro-derecha moderada y alternativa a la expresión cada vez más conservadora de Netanyahu y sus aliados, quien en contrapartida, aprovechó su investidura para forjar un blindaje contra sus varias causas judiciales por fraude y cohecho. Debe destacarse que la ambigüedad de la plataforma de Gantz y Lapid, los líderes de Azul y Blanco hasta marzo-abril de 2020, respecto a múltiples problemáticas actuales para el país, representó una ventaja.

Por otro lado, ambos líderes fueron contundentes en anunciar que “arreglarían” la Ley Básica que en 2018 consagró a Israel como Estado Nación del Pueblo Judío. Esto es significativo, pues desde 2015, la centro-izquierda, la izquierda y los partidos árabes –aún constituyendo éstos la tercera fuerza política en el parlamento– perdieron margen para incidir en la tematización de ejes centrales en la agenda política nacional. Desplazados de la coalición, Hay Futuro asumió un lugar minoritario dentro de la oposición y El Movimiento compuso una alianza con el laborismo llamada Unión Sionista, que hasta hace poco hacía las veces de un débil oponente cuya mayor virtud era, en todo caso, recordarle a la sociedad israelí que otros sectores no expresan lo mismo que Netanyahu. Si en las elecciones de 2015 Netanyahu urgió a sus votantes a los comicios –el sufragio no es obligatorio– alertando que Unión Sionista y el partido de izquierda Meretz llevaban en autobuses a las “hordas” árabes a votar, en abril de 2019, la instalación de cámaras de seguridad en centros de votación de mayoría árabe supuso un escándalo aún mayor.

Como consecuencia de la sanción de la Ley Básica, de jerarquía semi-constitucional, miles de árabes, drusos, circasianos, entre otras minorías religiosas y etno-nacionales de Israel, manifestaron su dolor por haber sido categorizados como “ciudadanos de segunda”. Azul y Blanco la opción que, en medio del vacío que dejó el desgastado laborismo y la centro-izquierda, se irguió capaz de plantear una reescritura de la ley, en caso de asumir el gobierno. Para ello debía desplazarse a Likud, pero en abril de 2019 empataron con 35 asientos respectivamente, y en desiguales condiciones para aunar consensos de cara a formar una coalición. Esta instancia electoral representó un jaque insuficiente para la era Netanyahu, pues pese a toda la controversia involucrada en las prácticas fraudulentas que, sin ningún reparo, consintió Likud, este partido resultó ungido

como vencedor. Como se dijo ya, el margen respecto a Azul y Blanco fue ínfimo –un 26,46% contra un 26,13%, respectivamente– pero suficiente para que Netanyahu fuera encomendado por el presidente para formar gobierno

Esto no representó una tarea fácil: tras semanas de tensas negociaciones con sus aliados, Netanyahu contaba con la cantidad de apoyos justa para alcanzar la suma requerida. Lieberman, cuyo partido no obtuvo más de cinco escaños, parecía reincorporarse a una coalición liderada por Netanyahu, rival y aliado circunstancial. No obstante, el líder de Israel es Nuestro Hogar terminó optando por retirar esos cinco asientos de la coalición a último momento, so pretexto de querer “salvar” a Netanyahu de sí mismo, puesto que la composición no se estaba configurando, por así decirlo, con la derecha “correcta”. Al no alcanzarse el consenso necesario, debió llamarse a las elecciones. La reiteración de esta tensión entre posiciones en pugna sobre cómo gobernar, pone de manifiesto que existe una debilidad inmanente en la consolidación de una coalición cuya aparente homogeneidad es puesta en jaque por su propia heterogeneidad interna.

La configuración de consensos relativamente endebles posibilitó el avance de posturas más conservadoras en detrimento de aquellas conciliadoras, dificultando a unos y otros reproducir un ejercicio del poder estable. La reiteración de Netanyahu como primer ministro es un reflejo de dicha incertidumbre a la que la sociedad israelí está sujeta. Por un lado, el progresismo actuó siguiendo un criterio eminentemente conservador, impidiendo el establecimiento de alianzas entre el laborismo, Meretz y los partidos árabes por temor al rigor de las sumas y restas que cada uno significa para el otro. De tal forma, la fragmentación de oposiciones dispersas desde el centro a la izquierda, resulta en un consentimiento efectivo al endurecimiento de las políticas estatales: renunciando a su rol de oposición, estos sectores operan hoy como auditores formales habilitados por gracia del histórico multi-partidismo israelí. Por otro lado, Netanyahu se convirtió en el árbitro de aliados demasiado ambiciosos e ideológicamente notablemente distantes para ser vistos como tales. La síntesis de semejante concierto de derechas desunidas, que puján cada cual para su lado, sólo puede ser exitosa cuando se actúa de acuerdo a planteos comunes, es decir, para enhebrar una coalición entre ellas, deben darse las puntadas en sus bordes más extremos.

Las elecciones de septiembre de 2019, ¿jaque mate?

Durante el período Netanyahu, los desacuerdos entre los miembros de cada coalición sobre puntos clave de la agenda resultaron en la salida de opciones no coincidentes con el oficialismo remanente, progresivamente más centrado en la derecha. Consiguiente y paulatinamente, sólo las posiciones más conservadoras representaron una voz percibida por el público como eficaz, o necesaria incluso, para gestionar la no resolución de una serie de latencias: las fronteras indefinidas del Estado, la ambigüedad del tratamiento cívico e institucional de las múltiples poblaciones gobernadas, la cuestión capital y el reconocimiento de interlocutores palestinos con quienes dialogar, la percepción de peligros inmediatos en los límites con Líbano y Siria en el Norte, a lo que se suman enfrentamientos próximos con Irán, y con Gaza en el Sur. En septiembre, se destacó una

vez más el papel de los partidos minoritarios: son aquellos con quienes las mayorías deben acordar, y son ellos quienes pueden restar asientos, impidiendo formar una coalición. Asimismo, la prospectiva salida de un partido minoritaria representa potencialmente una ruptura que obligue a renegociar los acuerdos entre posiciones ideológicas y expectativas partidarias dispares.

Este rasgo puede encarnar la válvula de escape frente a un statu quo sumamente erosionado: reiteradamente, Likud demostró su incapacidad para representar alianzas consistentes, generando en cambio enmiendas pragmáticas de coaliciones caídas. Esto posicionó a Lieberman en abril y en septiembre de 2019 como “hacedor de reyes”: su puñado de asientos puede coronar o destruir. En septiembre, se especuló con el triunfo de Gantz. Llegó a pensarse que quedarían atrás los días de un primer ministro que promovió un enfrentamiento con Gaza con tal de postergar las elecciones, o que quebrara la veda electoral dando entrevistas por radio y exhortando, megáfono en mano, a sus votantes a apoyarlo. Asimismo, que perimirían los intentos –fallidos, hasta ahora– de sancionar legislación para “controlar” los votos a partir de la instalación de cámaras de seguridad en los centros de votación de mayoría árabe, política disciplinante e intimidatoria. Netanyahu se blindó a sí mismo y a su país instalando la premisa de ser el único capaz de proteger y gobernarlo; su era habrá terminado cuando enfrente las causas judiciales que, pacientemente, le aguardan.

Septiembre (o más bien el propio Netanyahu) empujó a los árabes israelíes a las urnas –el 60% de los votantes árabes sufragaron, frente al 50% de abril– elevando una reunificada Lista Árabe Unida (LAU) –que en abril se había partido en dos– como vigorosa tercera fuerza en el parlamento. En 2015, la Lista también había conseguido ese tercer lugar en el parlamento, pero la relación de fuerzas era diferente y la mantenía en una posición marginal. Se pensó que Azul y Blanco promovería una alianza con este bloque, pero esta maniobra podía restarle otros apoyos: eventualmente, partidos religiosos que se alinean actualmente con Likud. Una alianza con LAU tendría sus costos políticos: podría decepcionar a los votantes seculares del bloque y navegar una futura coalición con poco en común. Era asimismo improbable que la centro-derecha armara un gobierno con el frente democrático de izquierda de Meretz, los partidos árabes y los ortodoxos. Las ecuaciones imponen su rigor. Por primera vez en la historia, si embargo, los partidos árabes vieron posibilidades cercanas de integrar una coalición de gobierno, hito de suma relevancia para Israel. El multipartidismo israelí revela que la construcción de consensos y la tematización de las problemáticas de gobierno, así como de los medios para su resolución, no se halla en la palma de los partidos mayoritarios, sino en un intrincado ensamblaje de alianzas cambiantes.

Al igual que en las elecciones de abril de 2019, el primer ministro, Benjamin Netanyahu, y Benny Gantz, líder de Azul y Blanco, empataron: Likud obtuvo 32 asientos y Gantz, 33. Tal como entonces, ninguno fue capaz de reunir la cantidad de escaños necesarios, 61 sobre 120, para formar una nueva coalición de gobierno. El bloque de derechas religiosas y nacionalistas que congregó inicialmente Netanyahu no alcanzó la cifra, y tampoco lo hizo Gantz, quien convocó un ecléctico elenco, desde la centro-derecha hasta la izquierda. La necesidad de ampliar sus bases de apoyo llevó la mira hacia los

partidos minoritarios: éstos poseían la clave para dirimir la cuestión en favor de uno u otro candidato, pero los alineamientos no aportaron los números requeridos.

El interrogante que surgió para Netanyahu y Gantz apuntaba a qué tipo de alianza estaban dispuestos a abrazar: de no actuar rápida y hábilmente, parecía imprescindible convocar a una tercera elección, tal y como ocurrió. Inertes ante la progresiva derechización de la agenda pública, el laborismo y la izquierda retrocedieron en la Knesset. Además, las negociaciones con los palestinos se estancaron y la alternativa de una solución por dos Estados se ve obstruida por la profusión de asentamientos en Cisjordania que inviabilizan la institucionalización de la Autoridad Nacional Palestina y dificultan la subsistencia de los palestinos. Sucesivos enfrentamientos con Hamas, en Gaza, asentaron la noción que Netanyahu es el garante de la seguridad nacional, cuya retórica mantiene latente el conflicto con los palestinos. Recordemos, Netanyahu advirtió que votar a Gantz significaba abdicar frente a Palestina pero, ¿qué significa realmente esto si el ex militar dirigió algunos de estos operativos, como Margen Protector (2014) durante su gobierno? En abril, los partidos árabes que integraban la Lista Árabe Unida (LAU) se habían separado. Empujados por las circunstancias, volvieron a juntarse, convirtiéndose, como en 2015, en la tercera fuerza parlamentaria con 13 asientos. La participación de sus votantes fue del 60%, un aumento considerable frente al 49% de abril. El contexto ofrecía a LAU dos oportunidades igualmente inéditas: encabezar la oposición o integrar una coalición de gobierno. En suma, el recrudescimiento de un discurso oficialista de derecha dio un impulso histórico a estos partidos, cuyos dirigentes se jactaron irónicamente de haber ido a votar “en hordas”. Netanyahu sigue apoyándose en la derecha religiosa. Un día después de las elecciones, acordó el compromiso de los partidos ortodoxos Shas y Judaísmo Unido de la Torá, y de la derecha nacionalista religiosa aunada en Yamina². La derecha religiosa tampoco ha roto con Netanyahu, quien invitó públicamente a Gantz a conformar un gobierno de unidad que el ex militar, rechazó. Desde Azul y Blanco, manifestaron que una alianza con Likud debía excluir al primer ministro pero el partido no repudió a su cuestionado líder. Esta trabazón inviabilizó la alternativa por la que abogaba el ambicioso líder de Israel es Nuestro Hogar, Avigdor Lieberman³

² Sin embargo, dirigentes de este último sector transmitieron sus dudas señalando que el acuerdo no era definitivo y que estaban abiertos a trazar una hoja de ruta con Gantz. En ese caso, se habría evitado una tercera contienda electoral –cosa que no ocurrió– pero era sumamente improbable que los aliados de Azul y Blanco, entre quienes se encontraría prospectivamente LAU, estuvieran dispuestos a formar una coalición que incluyera a Yamina.

³ Cuando Lieberman abandonó a Netanyahu en diciembre de 2018, se programaron las elecciones de abril, donde una vez más, le retiró su apoyo a último momento. Lieberman pareció aguardar al momento que Reuven Rivlin, presidente de Israel, encomendara al candidato con mejor perspectiva de formar coalición para hacer su jugada, pero las cartas siguen manteniéndolo en una posición lateral, desde donde puede provocar daño a los contendientes reales: un daño nada desestimable, pero escasamente propicio para desplazar a alguno de ambos y encumbrarse como candidato con posibilidades reales de competir.

quien tempranamente convocó a Netanyahu y Gantz a formar una “amplia” coalición entre opciones seculares y liberales.

En concreto, no puede esperarse el desplazamiento del voto por parte de determinados sectores – los haredim, es decir, ultra-ortodoxos– aunque sí podría observarse que el voto de la población árabe, en el mejor de los casos, aumentara levemente. Aunque se dieron algunos pequeños movimientos entre referentes, las alianzas, más o menos se mantienen. Además, como gesto generalizado, transversal a casi todos los partidos, casi ninguno convocará a internas primarias, otro indicio para el electorado. Otro interrogante se asoma: si Lieberman terminara acordando con cualquiera de ambos candidatos, ¿cómo abordará una nueva coalición este factor que, indica la experiencia, puede minarla desde adentro? La forma que asuma la próxima coalición todavía es indeterminada como lo es la incontrolable experiencia democrática israelí. En ella, ningún partido logra imponer la imagen de una unidad orgánica de la sociedad –pues coexisten expresiones dispares dentro de cada gobierno de turno. En ella, el poder, evidentemente, se manifiesta como incorpóreo: no le pertenece a nadie. Cabía esperar al dos de marzo de 2020 para confirmar esto. Es más, pese al eventual y complicado acuerdo alcanzado entre Netanyahu y Gantz de formar un gobierno de unidad, a la fecha de escritura de este artículo, la posibilidad de un llamamiento a elecciones para noviembre de 2020 está sobre la mesa. Veamos porqué.

El tercer asalto y el año del COVID-19.

En marzo de 2020 Israel enfrentaba dos crisis. Una, contra los efectos de la pandemia del COVID-19, combatida con una rigurosa cuarentena. La segunda es de carácter constitucional, y puede formularse como pregunta: ¿quién gobierna? A saber, Israel, cuyo sistema es parlamentarista, celebró tres elecciones consecutivas y en ninguna pudo establecerse una coalición. Las primeras dos fueron en 2019 y, la tercera, a comienzos de marzo de 2020, cuando el país empezó a encarar los desafíos impuestos por las circunstancias que aquejaron al globo entero.

Netanyahu, primer ministro desde 2009, y ahora en carácter interino, buscaba evitar ser juzgado en las comentadas causas por fraude y co-hecho. Para ello, requería el amparo que ofrecen los fueros pero Likud arrastraba el desgaste de dos elecciones fallidas y Azul y Blanco parecía ser, a esta altura, capaz de formar una coalición y aventajar a Netanyahu, cuyo proceso judicial era inminente. Sin embargo, el virus le permitió al primer ministro tornar la situación a su favor.

A mediados de marzo, en plenas negociaciones para formar un gobierno de unidad con Azul y Blanco, Netanyahu decretó el estado de emergencia y estableció una estricta cuarentena generalizada. Acto seguido, cerró el parlamento y aprobó una ley especial que le permite a los servicios de inteligencia monitorear datos de teléfonos celulares para vigilar el movimiento de personas contagiadas del virus y de sus entornos. Estas regulaciones fueron criticadas por una masiva protesta online en la que participaron cerca de 65.000 personas y fue vista por 597.000 a través de Facebook. El repudio se

centra en la ilegitimidad del primer ministro para decretar estas medidas, que ponen a disposición de los servicios, información delicada. Las voces críticas se preocupan por quién auditará el uso de estos datos y por aquellos que puedan dárseles en el futuro.

Nuevas manifestaciones online se sucedieron, repudiando el compromiso asumido entre Netanyahu y Benny Gantz, líder de Azul y Blanco, pues acordaron discutir la formación de un gobierno de unidad. Gantz quedó a cargo de ello pero las partes no se entendieron y el plazo para lograrlo está por expirar. En consecuencia, Gantz solicitó al presidente, Reuven Rivlin, una extensión de catorce días pero Rivlin, determinado a no tener que encomendarle a Netanyahu la tarea de formar una coalición si Gantz fracasara, rechazó el pedido. El plazo estaba a punto de vencer y, sin una nueva prórroga, Israel debía encaminarse a una cuarta elección consecutiva.

En su peor momento, Netanyahu procuró blindarse contra el proceso judicial disponiendo de medidas excepcionales, favorecido por la incertidumbre constitucional y por la pandemia, cuyas regulaciones su familia ni siquiera respeta: cuando su hijo participó de un video publicado en ocasión de la fiesta de Pésaj, reveló que circuló por la calle sin permiso. Es más, según informa el diario Haaretz, las Fuerzas de Defensa enviaron a cientos de soldados a sus hogares para las fiestas, violando la cuarentena.

Es notable que los hospitales reprogramaran cirugías por temor a faltantes de remedios e insumos, mientras las cortes permanecían cerradas en marzo y abril, hasta al menos dos semanas antes del juicio contra Netanyahu. Por otro lado, los ministros de los partidos religiosos fueron responsables de no haber transmitido las normas sanitarias a sus votantes, ni de seguirlas ellos mismos. En efecto, como consecuencia de no haber acatado la cuarentena, la población ultra-ortodoxa es actualmente la más afectada del país.

Cabe destacar que más del 70% de los casos de coronavirus en Jerusalén se concentraron en barrios de estas comunidades. Sin embargo, es difícil medir los casos de contagio. Por un lado, porque se carece de kits suficientes. Luego, puesto que la circulación de estos grupos, familias numerosas que viven en condiciones de hacinamiento, vuelve anárquicos los relevamientos. Último, su disposición a los tests no es la mejor: su acceso a la información está filtrada por la regulación religiosa sobre el uso de tecnología e internet, además de aquella publicada por los periódicos que leen.

Tanto es así que la ciudad de Bnei Brak, cerca de Tel Aviv, se revela como un gran epicentro del virus. Para que se realice un programa de evaluación aleatoria, el fundador y CEO de la empresa Mobileye y vicepresidente sénior de Intel, Amnon Shashua, quien asesora a Netanyahu, procura obtener el visto bueno del rabino Chaim Kanievsky, líder de la comunidad lituana ultra-ortodoxa de la ciudad, para que voluntarios de universidades hallen buena disposición para realizar los tests. Sin embargo, parte de la comunidad ultra-ortodoxa ha respondido favorablemente a la cuarentena: un grupo de rabinos sefaradíes consintió el uso de Zoom para realizar videollamadas y celebrar Pésaj en familia, aunque no faltaron rabinos ashkenazíes que los desautorizaran. ¿Cuántas acefalías resiste un mismo país?

Según el diario Haaretz, Israel no sólo carece de suficientes kits sino que las 48 horas de espera hasta obtener resultados deberían ralentizar la permisibilidad de circulación. En pocas palabras, o los tests son más veloces, o seguirá la cuarentena. Desde la Universidad de Bar-Ilan se estudiaron propuestas para retornar a la actividad en seis semanas, mientras que el Instituto Weizmann de Ciencia plantea un programa de cuatro días de actividad alternado con diez de reclusión. Todo esto se baraja mientras el país es gobernado por inercia, sin claridad respecto a cómo se acomodarán las fuerzas políticas. En suma, en medio de un caos constitucional que puede habilitar medidas semejantes, y llegar a sorprender con nuevas.

Gantz, débil espectro de Netanyahu: el gobierno de unidad en Israel.

Uno de los personajes más emblemáticos de Edgar Allan Poe es sin dudas William Wilson. Su nombre es falso y es un acrónimo de *Will I am, son of Will*, un juego de palabras con el nombre Guillermo y la palabra “voluntad”. En castellano, diríamos “soy la voluntad, hijo de la voluntad”. En efecto, Wilson, perteneciente a una familia aristocrática en decadencia, demuestra ser un estafador. A lo largo de su vida, hizo más que sucumbir al fraude, provocándolo siempre y cuando las circunstancias lo permitieran.

Wilson tiene, sin embargo, un tormentoso doble. Es más, también se llama William Wilson y es idéntico al primero. Ambos comparten una íntima distancia. No podría ser de otro modo, ya que el primero aborrece al segundo, cuya voz, a pesar de ser especialmente débil, revela su estridencia para delatar las intenciones del primer Wilson en distintos momentos donde éste actúa maliciosamente.

Finalmente, tras tres elecciones consecutivas, y arduas y desgastantes negociaciones que estaban a punto de fracasar y arrojar al país a una cuarta instancia, Benjamin Netanyahu acordó un gobierno de unidad con Benny Gantz, su principal rival: el espectro de su impunidad. Gantz, quien fue jefe del estado mayor de Netanyahu, solamente se distingue del longevo primer ministro, como ya vimos, por su moderación y apertura a la conformación de alianzas con sectores de centro-izquierda, incluso, con los partidos árabes. Su rasgo más destacable es no estar procesado por el procurador general en múltiples cargos de fraude, corrupción y cohecho: algo así como una versión lavada de Netanyahu.

En efecto, no habiendo podido formar una coalición de gobierno él mismo, Gantz terminó rompiendo su promesa de no acordar un gobierno de unidad con Netanyahu y, consiguientemente, quebró así su propio bloque. El acuerdo implica una rotación cada 18 meses: Netanyahu gobernará de acá a un año y medio, y Gantz completará el período de tres años pero, si se cae el acuerdo, asumirá como primer ministro instantáneamente. Así lo establecerá una ley cuya derogación requerirá la firma de 75 legisladores. Mientras tanto, Netanyahu asegura su continuidad, salteándose las audiencias de su juicio. Otros aspectos del compromiso comprenden el reparto de ministerios: defensa y asuntos exteriores quedarán para Gantz y Netanyahu podrá vetar los nombramientos

de los próximos fiscal y procurador general, aunque no se realizará ninguno nuevo mientras dure el estado de emergencia.

Más de un mes pasó desde que Netanyahu decretó el estado de emergencia, la cuarentena general y cerró el parlamento. Tras mes y medio de las terceras elecciones consecutivas, alardea una nueva victoria: un gobierno de unidad para enfrentar la pandemia, es decir, su quinto mandato. Dada la sacudida económica provocada por el confinamiento doméstico de personas con trabajos no esenciales, es decir, el aislamiento social que mantiene a la mayoría en sus hogares, se relajarán a fines de abril las medidas preventivas contra el COVID-19. Sin embargo, los israelíes no dejaron de protestar contra dichas regulaciones, estrechamente vinculadas a la inminencia del juicio de Netanyahu.

Los anuncios de un posible acuerdo entre Netanyahu y Gantz, también fueron objeto de repudio. El mes de abril, unas 2.000 personas poblaron la Plaza Rabin, del centro de Tel Aviv. Respetando la distancia social de dos metros requerida por el Ministerio de Salud, se manifestaron con barbijo y carteles contra el gobierno de unidad. La protesta migró de la virtualidad y los balcones, a la plaza. Su emblema es la bandera negra: representa el rechazo al corrupto primer ministro, responsable del malestar político y social. Las multas por movilizarse y protestar van desde los 475 a 5.000 shekels (US\$133-\$1,400), pero los manifestantes se niegan a pagarlas.

El costo del acuerdo de unidad es alto también para Gantz, cuyos aliados lo desertaron y acusaron de permitir a Netanyahu destruir la democracia. Tanto ellos como la izquierda de Meretz, y la Lista Árabe Unida, repudiaron el acuerdo junto a los manifestantes de la bandera negra. Por otro lado, a comienzos de abril, una carta abierta firmada por 220 generales retirados y equivalentes llamaba la atención a Kajo Lavan sobre otro tema: evitar la anexión unilateral de asentamientos en Cisjordania, llegado a formarse un gobierno de unidad. Esta semana, el Secretario de Estado norteamericano, Mike Pompeo, expresó que esa era una decisión que correspondía a los israelíes, mientras que desde la Unión Europea, alertaron contra cualquier anexión unilateral.

Ahora bien, los efectos de la pandemia se manifestaron rápidamente. Israel vio sucesivos brotes de contagios conforme los meses pasaban: desde la nutrida manifestación de abril en la Plaza Rabin, se pasó a una multitudinaria marcha hacia ese mismo sitio a mediados de julio, cuando unas 10.000 personas (o sea, cinco veces el número de la concentración anterior) protestaron en la vía pública contra el malestar económico que sufren miles de familias. Efectivamente, el creciente desempleo y costo de vida son rasgos que recorren prácticamente a cada país debido al impacto de las distintas modalidades de cuarentena adoptadas por sus respectivos gobiernos. En Israel, estos factores se encadenaron al generalizado malestar que producen los escándalos de corrupción que atañen al primer ministro, especialmente cuando anunció medidas relativas a los cuidados respecto a la cuarentena. Un hecho que motivó a miles de israelíes a manifestarse en contra de Netanyahu fue la aprobación por parte del comité parlamentario de finanzas de otorgarle al primer ministro un beneficio retroactivo respecto a sus obliga-

ciones impositivas: el paquete de beneficios cubre cerca de un millón de shekels repartidos en el costo del impuesto sobre la renta que Netanyahu debe debido a mejoras en su vehículo, renovaciones en su residencia en Cesarea y otra serie de gastos que se remontan a 2009 y llegan al 31 de diciembre de 2017, es decir, prácticamente toda su trayectoria como gobernante. Esto significa que Netanyahu será absuelto de todos los impuestos no relacionados con su salario, comprendiendo potencialmente impuestos sobre las ganancias que obtuvo de la negociación de acciones y otras empresas privadas.

En un momento de agravada y acuciante necesidad económica, miles de cuentapropistas, pequeños comerciantes y empresarios, artistas, profesionales de distintos oficios, entre distintos sectores afectados por el desempleo, protestaron con redoblado ahínco contra el primer ministro, cuya alianza con Gantz se vuelve más endeble. En efecto, Netanyahu y Gantz discrepan, a su vez, en otro punto central para la agenda israelí: la potencial anexión del Valle del Jordán en Cisjordania. Entre los meses de mayo y julio de 2020 creció la expectativa de una inminente medida unilateral de anexión capitaneada por Netanyahu, mientras que Gantz, hacia el cierre de este informe, desestimó la urgencia de implementar cualquier tipo de anexión. En cambio, Gantz enfatizó públicamente la necesidad de atender al millón de personas desempleadas en el país. Asimismo, los desacuerdos en torno a la aprobación del presupuesto, con fecha de vencimiento en agosto del corriente año, propiciaron nuevas tensiones entre los líderes de Likud y de Azul y Blanco: tanto es así que Netanyahu llegó a anunciar la posible disolución del gobierno de unidad, que implicaría un nuevo llamado a elecciones. De resultar ungido primer ministro una vez más, esa instancia le permitiría a Netanyahu evitar la alternancia con Gantz y consolidar su posición durante el proceso judicial que lleva a cabo el fiscal general Avijai Mandelblit, previendo que en enero de 2021 podrían comenzar audiencias relativas a las causas de corrupción del primer ministro.

En definitiva, se asoma un costo mayor a nivel nacional, comprobándose una vez más la debilidad institucional para poner fin a la impunidad, consagrada momentáneamente por el acuerdo de unidad. La derecha moderada pactó con la derecha arbitral de un coro diverso: nacionalistas liberales y religiosos, ultra-ortodoxos y ex militares: ¿qué tanto se sostendrán las alianzas de Likud con la incorporación de Kajo Lavan tras el nuevo reparto de cargos? El centro, la izquierda y los partidos árabes, ¿podrán capitalizar el malestar social, institucional y económico que la pandemia propulsó? Mientras tanto, el poder en Israel sigue manifestándose incorpóreo y, el trono, irrevocablemente vacío, expuesto a la disputa permanente por su temporaria ocupación, a la manera leforteana de entender la democracia como forma de institución de lo político. En los hechos, pareciera que Netanyahu necesita silenciar la voz de su idéntico; al decir del poeta William Chamberlayne, callar la voz de su torva consciencia, de ese espectro en su camino. Gantz consideró que su victoria es haber evitado una cuarta elección para "salvaguardar la democracia". Los próximos meses revelarán qué papel juega Gantz si es que se produce un nuevo llamado electoral: acaso esa instancia donde el segundo William Wilson acude al rescate del primero, exponiendo públicamente, y por última vez, la verdad de su carácter. Todo está por verse.

Bibliografía

Claude Lefort, "The Political Forms of Modern Society: Bureaucracy, Democracy, Totalitarianism", ed. David Thompson, (Cambridge, MA: The MIT Press, 1986).

Claude Lefort, La invención democrática (Buenos Aires: Nueva Visión, 1990); Claude Lefort, La incertidumbre democrática: Ensayos sobre lo político (Barcelona: Anthropos, 2004)